

tanta debilidad: él jamás conoció hasta qué ex-
ceso fué amado.

FIN DEL PRIMER TOMO.



LA DUQUESA

DE

LA-VALLIÈRE,

POR MADAMA DE GÉNLIIS.

*Historia que en Paris se imprimió por la vez
nona en la oficina de Maradan; y que traducida por
el Señor Don J. M. E. ha reimpresso*

Luis Abadiano

EN MÉXICO.

1839.

TOM. 2.

EN LAS ESCALERILLAS NUM. 13.

Se expende en la Libreria de la 1.^a calle de
Santo Domingo junto al núm. 12.

1.

LA DUQUESA DE LA VALLIERE.

Es muy natural que las mugeres sean mas sensibles, y mas desgraciadas que los hombres en todos sus afectos, aun en los mas legítimos: como esposas, como madres, ¡qué no tienen que sufrir!.... La Providencia, en el repartimiento hecho á los dos séxos, ha puesto de una parte el valor y los peligros; y de la otra, por una consecuencia necesaria, los temores, las inquietudes y los dolores!.... Era necesario que aquel que debia exponerse á todos los riesgos, tuviese un corazon mas firme y menos tierno; pero no lo es menos, que la compañera, á quien protege y defiende, estuviese pronta á alarmarse y estremecerse por su causa, que mirase con miedo y horror todo lo que él arrostra, todo aquello á que hace frente: la debilidad misma de la muger es el garante de su reconocimiento; su admiracion y su amor se aumentan con ella: es

TOM. II.

1

LA DUQUESA
DE
LA VALLIERE.
POR MADAMA DE GENLIS

Historia que en Paris se imprimió por la vez
primera en la oficina de Mouton; y que traducida por
el Señor Don J. M. E. ha reimpresso
J. M. E.

EN MEXICO.

1833.

TOM. II.

Se expone en la Libreria de la 1.ª calle de
Sancho Domingo junto al num. 13.

EN LAS RECAJAS NUM. 13.

tímida, medrosa, tiembla, y continuamente por quimeras; pero sabe amar mejor!....

Tantos golpes y violentas agitaciones, alteraron la salud de madama de la Valliere: Luis experimentó los tormentos de la mas viva inquietud. Consultó secretamente á su primer médico de cámara sobre el estado de la Duquesa (1), y se pensó que un aire mas puro la mejoraría: al momento partieron para San German. Madama de la Valliere tuvo allí una casa separada, con un gran jardin que caía á la selva. Ella gustaba, con pasion, del campo; se divertia en cultivar flores, ó, al menos, en gozar, como un resto de felicidad en medio de la Côte, los placeres tan gratos de su primera edad. Una tarde de Otoño se hallaba sola en el jardin: el tiempo estaba calmoso, puro, y el aire embalsamado: se sentó en un cuadro lleno de naranjos, fabricado sobre un terraplén, que dominaba la selva de San German, y se distinguia á lo lejos. Esta vista le oprimió el corazon, recordando con viveza las soberbias sombras que de la misma manera coronaban una parte del castillo de la Valliere!.... Echó los ojos sobre los ar-

(1) Memorias de Bussy.

bustos floridos que la rodeaban, y este golpe de ojo encantador excitó en ella un sentimiento vago, indefinible, compuesto de mil diferentes sensaciones, de confusos pesares, y lleno de turbacion!.... Despojada de la inocencia, no gozaba ya calma deliciosa, cuyos encantos habia gustado en otro tiempo, admirando las bellezas de la naturaleza. La agitacion y la inquietud se mezclan á todos los sentimientos de un corazon extraviado, que carece de reposo; porque no tiene reglas!.... Los ojos de la Duquesa se fijaron en los cielos: contemplando el bello espectáculo del sol en su ocaso, su alma se dirigió con arrebatamiento ácia el Creador de tantas maravillas; pero luego, volvió sobre sí misma, y este movimiento religioso le ocasionó indecible pena.... Ser Eterno! exclamó: tú no puedes ver en mi amor por tí, mas que una horrible inconsecuencia, y una profanacion en mis homenajes! Entretanto no deberías inspirarme sino temor de tus terribles juicios; sin embargo, este corazon tan débil, indeciso y trémulo, se complace siempre en desahogarse delante de tí! Yo encuentro siempre la mayor dulzura en no dudar, ni de tu existencia, ni de tu poder supremo! Mas ¡tú no me has abandonado! Me res-

pondes que no. Ah! sí: yo conosco todavía tu voz terrible y severa: ella me llena de ternura; pero tambien de abatimiento!.... La escucho con sobresalto: no obstante, quiero oírla! Anonadada en tu presencia, tengo continuamente necesidad de ponerme ante ella, de ofrecerte mis lágrimas, mis sentimientos supérfluos, de humillarme delante de tí! Tú no puedes fijarme; pero me atrahes! Ay de mí! ¡No es á tí, mi Dios, á quien busco en la soledad, y solo á tí encuentro en ella?.... Indigna de servirte, ¿no me atrevo á invocarte; y tú me llamas! Mas yo no espero de tí sino justos castigos! Ven, castígame; pero no te separes de mí! Oh! dignate hablarme siempre, que quiero mejor tus reproches, que tu silencio!....

Diciendo estas palabras la Duquesa, enjugó sus lágrimas que salian dulcemente. Las que hace correr la piedad, aún á los culpados, no son amargas. El dia espiraba, con esto se levantó, y despues de media hora de paseo entró bajo una calle hermosa, que formaba un toldo de madreSelva: allí reposó hasta la noche.

Este mismo dia, habiendo sabido que un Religioso pedia limosna en la Côte para socorrer los necesitados de un lugar incendiado, encargó

á una de sus amigas se lo remitiese en aquella tarde: fué en efecto; pero á las ocho de la noche: la luna solamente podia alumbrar el jardín; mas sus rayos era imposible penetrasen la espesura del follage, bajo del cual estaba sentada la Duquesa. Un ayuda de cámara anunció al Religioso, y lo condujo á su presencia: ella quería hacerle varias preguntas, y así ordenó al criado le entregase cincuenta luses cuando se retirára. El ayuda de cámara, recibida esta orden, los dejó solos: el Padre guardaba un profundo silencio. Madama de la Valliere se levantó, y marchando léntamente para volver al Padre: mi Padre, le dice, se me ha hecho la pintura mas lastimosa de los desastres sucedidos en ese lugar; querría ir á él.... Ella esperaba respuesta, y no recibéndola; yo os ruego, Padre mio, (repitió) me digais cuál es la familia mas interesante de ese pueblo: el dinero que se os entregará al salir, es para los desgraciados habitantes en general; pero á mas, quiero encargarme de socorrer una familia en particular.... Al concluir estas palabras la Duquesa, suspiró el Religioso; mas sin responder todavia cosa alguna. Y qué! dijo ella, ¿temeis confiarme la suerte de cualquiera desgraciado? ¿Temeis po-

ner en mis manos los jovencitos huérfanos? No tengo derecho para ofenderme de vuestra infundada desconfianza? Padre mio, les ocultaré mi nombre, y los pondré en colegios y conventos... Aquí cesó la Duquesa: el Religioso gemía en secreto; lloraba, y no respondia. La noche, la obscuridad, estos sollozos reprimidos, este silencio extraordinario, la sorprendieron y la causaron una especie de terror que no pudo vencer. Asustada, trémula, tuvo sin embargo valor para darse prisa á marchar: el Religioso la seguia; ella sentia sus pasos, y precipitaba los suyos como si quisiera huirle. En fin, salió del sombrío toldo: la vista de su casa, y la claridad de la luna, le restituyeron su valor; se detiene, vuelve atrás, y vé de frente, cerca de sí, al Religioso inmóvil, con los brazos cruzados, los ojos bajos, y el semblante bañado en lágrimas!.... Lo mira con atencion, y tiembla de miedo..... reconoce en él al virtuoso P. Anselmo, aquel santo Religioso, amigo de su niñez y guia de los primeros años de su juventud; aquel que le habia dado tan buenos consejos, y recibió los últimos suspiros de su madre!.... Todos estos recuerdos oprimieron su corazon, y con las manos puestas y un aire suplicatorio, se hincó sobre la

yerba derramando un torrente de lágrimas, y exclamó: ¡oh Padre mio! Dios me perdonará.... soy tan desgraciada!.... Sí, dijo, en fin, el venerable anciano; una alma como la vuestra, debe convertirse á él!.... A estas palabras se vá precipitadamente, y se desaparece (1).

Al dia siguiente, luego que amaneció, partió la Duquesa para el lugar incendiado, situado á dos leguas de San German: sus criados iban sin libreas, con vestidos grises, y llevaban orden de ocultar su nombre. Ella tenia noticia de la familia mas infortunada de este lugar; porque el P. Anselmo la habia entregado al ayuda de cámara, al tiempo de recibir los cincuenta luises. El corazon sensible de la Duquesa se despedazó entrando en este triste lugar devastado, que no ofrecia mas que ruinas. Ay de mí dijo: las llamas que produjeron estos destrozos, no han destruido los gefes de obra de las artes, ni los monumentos del orgullo: han causado infortunios mas reales y mas dignos de compasion: estos desgraciados habitantes no sienten aquellas brillantes bagatelas, que acumula una

(1) Toda esta relacion es histórica, y la respuesta del Religioso verdadera.

frívola vanidad; pero sí lloran la pérdida de su absolutamente necesario!.... Aquí, el fuego no ha devorado vanos objetos de lujo, sino lo que era útil, y fruto de un penoso trabajo!.... Cuán dignos de lástima son estos desgraciados, tan valerosos, tan moderados en sus deseos, y tan fáciles para adquirir su felicidad! Jamás han corrido sus lágrimas por penas imaginarias: cuando ellos lloran, es por males cuya sola imagen nos haría estremecer!.... Cuando ellos gimen, sucumben, mueren!.... Desdichados de los corazones insensibles y feroces, á quienes no enternecen semejantes quejas! Haciendo estas reflexiones atravesó madama de la Valliere todo el lugar: la casa que buscaba estaba al fin de la calle principal: ésta era una granja, cuyos habitantes ocho dias antes vivian con comodidad: pero el fuego habia consumido los graneros, los trojes, los granos, los vestidos, y hasta las bestias; no quedaba mas que una gran pieza despojada de muebles, en la que se hallaba un viejo octogenario, su hija, su yerno y ocho hijos cuasi desnudos, el mayor de doce años. Las paredes ennegrecidas por el humo, y las vigas maltratadas por el fuego, atestiguaban la pena que la desgraciada familia habia tenido para con-

servarse este último abrigo!.... Madama de la Valliere, entrando en la sala, se distrajo de su piedad por un objeto inesperado; éste fué, una señora jóven, de admirable belleza, que llevaba á la muger un cofre de ropa: la bella desconocida se sorprendió viendo una persona tan notable como la Duquesa: se miraron mutuamente con la mas dulce expresion de benevolencia y sensibilidad; la incógnita, despues de hecha su oferta, se retiró. La Duquesa quiso saber su nombre; pero no le pudieron dar razon. En seguida se acerco al anciano, que parecia sumergido en un profundo dolor, le preguntó já cuánto montaría, poco mas ó menos, el valor de lo que habia perdido en el incendio? Como la pregunta le pareciese un rasgo de pura curiosidad, le respondió en un tono seco, sin mirarla, cerca de ocho mil francos. Y bien, replicó la Duquesa, aquí teneis cien luises. y fuera de ellos, mañana se os entregarán dos mil ducados. El efecto de estas pocas palabras fué inexprimible.... El anciano, uniendo sus manos trémulas, dejó correr dos arroyos de lágrimas por sus venerables mejillas: su yerno, lleno de asombro, miraba á su bienhechora, sin poder pintar siquiera su reconocimiento; porque no conocia language que pu-

diera expresarlo: su muger, trasportada con el mas tierno movimiento de la naturaleza, exclamó: venid, hijos mios, ahora os abrazaré con gusto!... Esta buena madre, despues de ocho dias, solo habia encontrado en sus caricias un suplicio mas: la beneficencia acababa de restituirle toda la dicha de la maternidad.... Despues de haber gozado la Duquesa de esta escena deliciosa, hizo muchas preguntas sobre los hijos; y el resultado fué, encargarse de pagar el aprendizaje de los dos mayores. Partió, colmada de bendiciones de la feliz familia, despues de haber pasado una de las mas agradables mañanas de su vida.

La salud de madama de la Valliere se restableció en San German; y á fines de noviembre se volvió á Versailles. El Rey la amaba siempre perdidamente; mas ella conservaba un fondo de melancolía que lo disgustaba: él creía que el amor vencería con el tiempo todos sus escrúpulos. Estaba zeloso de su tristeza; se irritaba su vanidad en secreto; no obstante, este carácter de que se quejaba, prolongaba la duracion de su pasion.

Madama de la Valliere, la mas sensible de todas las mugeres, debia ser la mejor de las

madres; pero su ternura extrema con sus hijos, no fué para ella un sentimiento mas feliz que el amor. La mayor de sus hijas, la Señorita de Blois, tenia cinco años, y ya anunciaba aquella maravillosa hermosura, que fué despues la admiracion de la córte. El Rey, que la adoraba, se habia dedicado con esmero á buscarle una aya; y propuso á la Duquesa muchas mugeres de la córte, que le parecian á propósito para este empleo, obligandola á elegir. Ay de mí dice la Duquesa: es preciso, no hay remedio, darle á esta hija querida la aya, que por sus principios, sus lecciones y ejemplo, me haga inexcusable á sus ojos! Tal será el fruto de una excelente educacion: yo debo prescribir á la institutora de mi hija, que absolutamente la obligue á despreciarme!... Esta afligente reflexion, que era muy verdadera, desagradó al Rey como padre, y como amante; la combatió con todos los sofismas del amor. Madama de la Valliere nada respondia; mas tales discursos podian cambiar su opinion; y estas tristes ideas se renovaban dolorosamente, sobre todo, cuando se entregaba á las efusiones de la ternura maternal. ¡Qué, decía, yo he de temer lo que hace la mas dulce esperanza de todas las madres!... ?Debo te-

mer la época en que la razon alumbre á mis hijas?.... Entonces, es cuando ellas podrán juzgarme!.... En el curso ordinario de las cosas, el tiempo echa un velo á las debilidades de las mugeres culpables: sus hijos, llegando á la juventud, pueden ignorar lo que se les quiere ocultar, ó, al menos, lo que se puede siempre negar; mas el nombre del que me ha perdido, perpetuará de edad en edad la memoria de mis desvíos: su gloria eternizará mi deshonor. El título sagrado de madre, para mí, es un oprobio.... Qué pensará de mí esta hija, esta niña querida, cuando despues de haber recibido las instrucciones de la religion; despues de haber meditado esa moral sublime, reflexione sobre mi vida y su nacimiento!.... De consiguiente, ¿qué consejos podré darla, ni con qué cara le hablaré de sus deberes y de la virtud?.... Indigna de su estimacion, ¿me será posible guiarla, ó pretender su confianza? Me parece, que el dulce nombre de madre, cuando es ilegítimo, no es otra cosa, que una usurpacion tan desgraciada como deshonorosa, pues que no dá ninguno de los derechos que este mismo título asegura á todas las mugeres virtuosas!....

Entretanto que esta infortunada se conde-

naba ella misma con justicia; pero tan rigurosamente; el público, mas indulgente con ella, admiraba el espectáculo tan nuevo de una favorita humillada de su propia elevacion, viviendo sin fausto y en la soledad, no mezclándose en asunto alguno, y dando ejemplo del mas perfecto desinterés. La que en tal situacion mereció el nombre de: *La humilde Violeta* (1), no sería, seguramente, una muger comun: ella fué amada del pueblo; y, á pesar de su debilidad, ¡interesó á todos los corazones sensibles y virtuosos; mas en la córte no se le juzgaba de esa manera. La falta de ambicion (cuando no se puede poner en duda), se atribuye á falta de talento, ó defecto de genio: es una virtud tan sin lugar en la córte, que á nadie haría honor. Lo que en ella produce, esto que llamamos estimacion, ninguna otra cosa es, que la consideracion adquirida, no por la admiracion estéril del príncipe, sino por la facultad y voluntad activa de poder servir, ó dañar. La Duquesa, despreciando las riquezas y la intriga; no solicitando cosa alguna; viviendo retirada; no existiendo sino para el Rey y sus hijos; consa-

(1) Por madama de Sevigné.

grándoles, en el retiro, todos los momentos de su vida, pareció á los cortesanos una persona muy inferior á su situacion: su dulzura y su bondad constante, aumentaron la audácia de sus enemigos: el ódio podia intentar todo, contra una muger incapáz de vengarse, y aun de quejarse. Sus amigos se desagradaron de su excesiva moderacion; se llenaron de frialdad, perdiendo la esperanza de emplear su crédito á gusto de su ambicion: no obstante, ella les habia hecho grandes servicios, solicitándoles gracias mas de una vez; pero las personas que gozan favor en la córte, tienen una extraña desgracia, y es, que todo lo que hacen por sus amigos, se mira como un empeño de hacer mas en lo sucesivo: en este singular comercio, los beneficios, lejos de pagar las deudas de la amistad, las contraen eternas. La Duquesa era continuamente importunada, regañada, reprendida de sus amigos, quienes llamaban su desinterés, locura romancesca; su desafecto á la intriga, indolencia ridicula; y su moderacion tontería. Los que la aborrecian, la calumniaban sin temor, y, de consiguiente, sin miramiento: los que se preciaban de amarla, estando cuasi siempre descontentos de ella, la defendian débilmente: el

resto de los cortesanos no la amaba: una dama uraña, inaccesible, que no daba fiestas, que no hacia ningun papel, no podia menos que desagradarles. Así, esta persona tan interesante, tan desgraciada por sus afectos y sus desvíos, no encontraba consuelo, sino pensando en los sentimientos del Rey: ella los creía inalterables, y estaba muy lejos de preveer los nuevos tormentos que iba á sufrir muy pronto!....

En este tiempo, se presentó á la córte Athenais de Mortemar, marquesa de Montespan. Deslumbró el brillo de su figura, de sus gracias, de su vivacidad, y de los encantos de su talento. Lauzun, que estaba íntimamente unido con su familia, elogió mucho á madama de la Valliere su carácter, conducta y sentimientos, y le inspiró gran deseo de conocerla. La Duquesa fué una noche á la partida de juego de la Reina, sabiendo que allí estaba la marquesa de Montespan: ésta, tenia igualmente la mas viva curiosidad de conocer á la muger que, despues de siete años, fijaba el corazon del Rey. Esta primera entrevista, fué un reconocimiento, que produjo una especie de escena. La sorpresa de la Duquesa fué extrema, reconociendo en madama de Montespan aquella bella persona, que

nabia visto en la cabaña del lugar incendiado: la Marquesa mostró la misma admiracion, echando los ojos sobre madama de la Valliere. Ambas se acercaron, se hablaron misteriosamente, y con aire de un tierno interés. Se les hacian varias preguntas: la Duquesa callaba; pero madama de Montespan contó con gracia y por menor, una aventura, que de todas maneras le acomodaba se supiese, principalmente porque le proporcionaba un motivo muy natural para intimarse con la favorita, y un medio cierto de encontrarse siempre con el Rey: ventaja inestimable en la córte, aun para aquellos que no tienen grandes miras de ambicion. La Marquesa en su relato, hizo valer, con el tono del entusiasmo, la beneficencia de madama de la Valliere, cuyos detalles habia sabido, porque tenia una casa de campo cerca del lugar incendiado, y los aldeanos le dieron razon de todas las particularidades de la accion de la Dama incógnita. La Duquesa quedó reconocida á los elogios que le daba, con sensibilidad, una persona tan encantadora; creyó encontrar en ella un alma semejante á la suya; y, desde aquel momento la amó. La Marquesa supo aprovecharse de esta primera impresion: la mañana siguiente fué

á casa de madama de la Valliere, quien la recibió con los brazos abiertos. La union mas íntima se formó prontamente: la Duquesa usó toda la franqueza de su carácter, y toda la sensibilidad de su alma; y la marquesa de Montespan toda la seduccion de su talento y de sus maneras.

Madama de Montespan tenia entonces veinte y dos años: unía á la regularidad de sus facciones, á la perfeccion de su talle, y á su belleza, todo el frescor de la primera juventud, y la fisonomía mas animada y mas agraciada: su talento tenia poca extension y solidéz; pero era original y brillante: un cierto aire vivo, ingenioso y satírico, daba á su conversacion una especie de singularidad sorprendente, sobre todo en la Córte: sabia variar este tono epigramático: unas veces era séria, y parecia llena de discrecion; otras, la alegría mas amable hacia excusable su malignidad: su extrema vivacidad le daba el aire de la franqueza. ¡Cuántas personas miran la imprudencia, como el garante de la sinceridad!... Madama de Montespan no sabia, en efecto, ni dominarse, ni reprimirse; pero sabia tomar todas las formas, y sin hacer gran esfuerzo: se habia ejercitado desde

temprano en esto, y era en ella mas bien una habitud, que un sacrificio: poseía dos grandes medios de agradar y acertar en el mundo: tenia mucha falsedad de caracter, y mucha naturalidad de talento: incapaz de sufrir un sentimiento tierno y durable; pero no habia persona mas susceptible de entusiasmo: ó amaba con pasion, con arrebatamiento; ó no amaba absolutamente: si no se le volvia la cabeza, no se le agradaba: si no estaba enteramente subyugada, no se tenia ningun imperio sobre ella; pero si en seguida su imaginacion se resfriaba un momento, pasaba repentinamente de la admiracion y enagenamiento, á la indiferencia, á la aversion y al disgusto. Tenia toda la arrogancia que es propia de la ambicion, los caprichos del orgullo, y no de la elevacion del alma: no teniendo ninguna idea de la verdadera grandeza, tomaba un vano brillo, el fausto y la ostentacion, por verdadera gloria: todo lo que brillaba, ó hacia ruido, le parecia grande: tenia designios profundos, y motivos pueriles: á la vez, insaciable y frívola en sus deseos, queria dominar; no para conducir, ó reinar, sino solamente por parecer: queria elevarse con el único objeto de atraer sobre sí las aten-

ciones: en fin, aunque no tenia avaricia, era ambiciosa de riquezas; pero para prodigarlas, y comunmente sin eleccion y sin discernimiento: daba, del mismo modo que recibia, solo por mostrar magnificencia. Pareció apasionarse de madama de la Valliere, de quien obtuvo la mas tierna amistad y toda su confianza. La Duquesa le abrió su alma enteramente: le manifestó sus escrúpulos, sus remordimientos, su tristeza, y aquel sentimiento tan profundo.... aquel amor aumentado, á costa de tantas penas y sacrificios, que ella no podia vencer, ni moderar! Madama de Montespan la compadeció, y, sobre todo, alabó su arrepentimiento: convino en todo con ella, y le agregó con mucha delicadeza, que jamás seria feliz, entregándose á una pasion que ella misma se reprendia tan vivamente. Ay de mí respondió madama de la Valliere, si pudiera arrancarme de su lado, sin desperarlo, tendria valor para hacerlo quizá!.... Pero afigirlo, herir su corazon, emponzoñar el resto de su vida por precio de tanto amor, cuidados y constancia, nó, no tendré nunca esta fortaleza inhumana!.... Al oír semejantes discursos madama de Montespan, caía en una especie de meditacion, que acababa por entorne-